IV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Sofonías 2,3; 3,12-13; 1 Corintios 1,26-31; Mateo 5,1-12

En este domingo las tres lecturas unánimes proclaman algo central en el Nuevo Testamento y en toda la Biblia: la predilección de Dios por los pobres y humildes, los despreciados, los que no cuentan. Se trata simultáneamente de los que carecen de tierra y de condiciones mínimas para vivir, de los que son invisibles, como si no existieran socialmente, y a la vez en su pequeñez son capaces de poner su esperanza en Dios misericordioso, en su amor liberador. Lo expresan muy bien las palabras del profeta Sofonías.

Sofonías vive en el siglo VII, Judá sufre la opresión asiria, los reyes han traicionado la Alianza, buena parte del pueblo los sigue en el culto idolátrico. El profeta anuncia el “Día de Yahvé” como un juicio, contra los poderosos de la corte real, contra los comerciantes y mercaderes, contra los idólatras e incrédulos. Será el “Día de la ira de Yahvé” (cap. 2). Pero el profeta no se queda en una visión catastrófica, más bien alienta a “los humildes de la tierra” a poner la confianza en Dios: “Busquen a Yahvé… busquen la justicia, busquen la humildad, quizá encontrarán cobijo”. En medio del desastre y de la infidelidad de los poderosos y adinerados, el Señor promete que preservará “un resto” fiel, “el Resto de Israel”, compuesto por “un pueblo humilde y pobre”. Los insignificantes asegurarán el futuro del país, acogerán el reinado de Dios y vivirán en paz.

Mateo nos ha centrado de lleno en la actividad de Jesús: el anuncio del Reino de los Cielos o Reino de Dios. Lo realiza en la enseñanza “en sus sinagogas” y en las sanaciones a enfermos y endemoniados. Mateo ha recibido buenos testimonios y materiales sobre la predicación de Jesús: el evangelio de Marcos al que sigue con libertad, la fuente de los “Dichos de Jesús” (Fuente Q) y los recuerdos que encuentra en sus comunidades. Esos materiales los ordena en cinco “discursos” que alterna con los relatos de acciones curativas (“milagros”) de Jesús en favor de gente enferma y despreciada, a la que acoge con compasión, amor solidario y liberador.

El discurso más extenso es el primero. Como nuevo Moisés –imagen muy propia de Mateo–, Jesús “subió al monte”, pero, de manera distinta, no mantuvo a la gente alejada, sino que “sus discípulos se le acercaron”. Dios no va hablar distante y amenazante, entre truenos y relámpagos como en el Sinaí, sino con palabras humanas asequibles y convo-

---

* Ciclo A

cadoras. Sus palabras no plantean nuevos mandamientos a cumplir. Más bien expresan una invitación, indicando caminos y señalando actitudes, para conseguir el anhelo más profundo del ser humano: la felicidad. Comienza proclamando ante el gentío y repitiendo: "Dichosos", o "felices", o "bienaventurados", como se acostumbraba en muchos salmos y libros sapienciales. Son ocho nuevas proposiciones. Cada una comienza proponiendo una actitud para en segundo término proclamar lo que se alcanzará. Llama la atención que en la primera y en la octava lo que se promete es el Reino de los Cielos. En las otras seis se promete en el fondo lo mismo, expresado en otros términos o imágenes concretas de lo que es el Reino.

Jesús se dirige a los discípulos que se le han acercado y a la muchedumbre. También nosotros podemos acercarnos para escuchar cómo entiende Jesús las actitudes que han de caracterizar a sus discípulos, para que se hagan merecedores del Reino. Escuchamos y nos dejamos interrogar sobre cómo vivimos cada una de las actitudes que Jesús va enunciando. "Felices los pobres de espíritu". Nos ayuda en su comprensión la referencia al texto de Sofonías: los "humildes", que en su pobreza e insignificancia ponen toda su confianza en el amor gratuito de Dios. Es una actitud profundamente "espiritual" (presencia y don del Espíritu), cercana a la rotunda afirmación de Jesús: "Si no se hacen como los niños, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mt.18,4). Espiritual y muy comprometedora, básica. En concreto, se manifiesta en el proyecto de vida, en las preocupaciones y opciones, en el estilo de vida. Por algo es la primera, está en la base de las actitudes siguientes.

Continúa Jesús hablando de los humildes, sencillos, buenas personas. Como se presenta él mismo: "Aprendan de mí que soy sencillo y humilde de corazón" (Mt.11,29). Se trata de una actitud necesaria y urgente para una auténtica paz social, en una sociedad en la que convivimos con el desprecio humillante de los que se creen superiores. Sin igualdad reconocida y asumida no hay paz ni diálogo promisorio. Se fija Jesús luego en "los que lloran", no los que andan todo el día quejándose de sus males, sino los que saben llorar por el sufrimiento injusto de los hermanos. Llanto que lleva a la indignación y a la solidaridad, a la cercanía y al consuelo efectivo. "Serán consolados": en el Reino de Dios, la humanidad nueva, Dios "enjugará toda lágrima" (Ap,21,4). Es una alusión a lo dicho por el profeta Isaías: "Enjugara el Señor Yahvé las lágrimas de todos los rostros y quitará el oprobio de su pueblo" (Is. 25,8). Sin lágrimas solidarias no habrá consuelo de Dios.

"Felices los que tienen hambre y sed de justicia". La "justicia" aparece en la Biblia como un rasgo esencial de la acción de Dios. Jesús la vincula al Reino de Dios: "Busquen primero el Reino de Dios y su justicia". No se trata simplemente de la justicia, sino de "su" justicia, la de Dios, la que pone en primer lugar la justicia y el derecho de los más débiles, del huérfano, de la viuda y del extranjero. No basta repetirlo de memoria. Hay que poner nombre lúcida y audazmente a los más débiles de nuestra sociedad: comunidades amazónicas y andinas, mujeres, niñas abusadas y violentadas… para con ellas y desde ellas construir un mundo más justo y saludable, sin marginaciones ni exclusiones. Los que así actúen, ¡dichosos!, "porque serán saciados", llenos de esa justicia y santidad que Dios es.

Continúa Jesús insistiendo en una actitud ya insinuada: "los misericordiosos" o "compasivos". Los salmos están llenos de invocaciones al Dios misericordioso y de Jesús se dice reiteradamente en los evangelios que siente compasión, estremecimiento desde las entrañas, ante el sufrimiento y marginación de enfermos, leprosos y de la multitud que camina por la vida "cansados y abatidos como ovejas sin pastor" (Mt. 9,36). Compasión

no es lástima, implica hacerse cargo del sufrimiento de los demás, y hacer frente a las causas y a los causantes que generan sufrimiento y opresión. Sin compasión no habrá solidaridad, ni liberación. “Ellos alcanzarán misericordia” de Dios, ahora y en el día final. ¿Quién no la necesitará? Jesús lo concreta en acciones de compasión: dar de comer al hambriento, visitar al enfermo y encarcelado. Ellos serán “benditos de mi Padre, recibirán la herencia del Reino” (Mt. 25,34).

También proclama “felices” a los “limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. En el salmo 24 se pregunta “¿quién podrá entrar en el recinto sacro?” y se responde: “el de manos limpias y puro corazón… ni jura en falso”. Podríamos concretar más: el que no actúa con doblez y con engaño, el de intenciones transparentes, en su vida privada y en su actuación pública, el no corrupto. En positivo, la persona honesta y honrada, especialmente en sus negocios y transacciones, en el manejo de los bienes públicos. Honestidad y honradez son hoy bienes escasos, pero de urgente necesidad para el bien de nuestros pueblos. “Ellos verán a Dios” es sinónimo de entrar y gozar del Reino. La primera carta de san Juan anuncia que: “Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1Jn. 3,2). Corazón limpio y ojos limpios para ver la realidad tal cual es y para ver a Dios “tal cual es”.

Continúa la enumeración: “Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Ser llamados hijos de Dios equivale a decir tendrán a Dios como Padre. Construir la paz no significa terminar con los conflictos y las diferencias. Implica y supone la presencia de las actitudes anteriormente señaladas: sencillez, compasión e indignación, anhelo profundo de justicia y honradez. La paz, “mi paz les doy” (Jn.14,27), no se impone por la fuerza. Es don de Dios y tarea nuestra –“los que construyen la paz”–. Hoy en el Perú necesitamos aclarar bien la paz que queremos: la que surge del reconocimiento social, cultural y político de quienes, siempre excluidos, hoy así lo reclaman. “Serán llamados hijos de Dios” es inseparable de reconocernos hermanos y hermanas.

Finalmente, la última de las ocho: “Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. La enumeración se cierra con la misma promesa de la primera. Es lo que se suele llamar una inclusión. Jesús es consciente de que vivir según ese programa, que resume “por causa de la justicia”, no se compagina con nuestros patrones sociales y culturales dominantes. Él mismo sufrió incomprensión y persecución por intentar vivirlo y anunciarlo. Pero no cejó en su empeño, convencido de que eso constituía una “Buena noticia de Dios”, liberadora, para los pobres y olvidados. Proclama felices a los que, aun perseguidos, siguen fieles, con terquedad y con creatividad.

Se añade, dirigiéndose a los discípulos que seguirán, que serán felices cuando les persigan “por mi causa”. Así ocurrió de hecho con los primeros discípulos, así había ocurrido con los antiguos profetas, así ha seguido ocurriendo también en nuestro tiempo: asesinados, incomprendidos y perseguidos.

Hoy, en esta realidad compleja y complicada, en la que cada uno busca a su manera cómo ser feliz, a veces incluso a costa de la desgracia de otros, Jesús se atreve a ofrecer algunas pistas. Todas ellas pasan por tomar en cuenta y hacer felices a los demás, prioritariamente a los que no son considerados con derecho a ser felices. Ese mensaje atrajo a multitudes, mujeres y varones, detrás de Jesús. Animémonos a acoger y seguir la propuesta de Jesús y, haciendo felices a los demás, seremos felices. Este mundo que se desangra en tanta voracidad y en tanta violencia lo necesita y lo agradecerá.